

NOTAS

PANORAMA ACTUAL DE LAS IDEOLOGÍAS

I. Es curioso observar cómo el término «ideología» —nacido de la filosofía inglesa y francesa del siglo XVIII para indicar la «ciencia de las ideas», y utilizado asimismo también por la filosofía italiana posterior hasta Rosmini, proscrito luego por Carlos Marx en cuanto símbolo de las superestructuras proclives y embaucadoras y rehabilitado finalmente en el seno del propio marxismo, por ejemplo, en Antonio Gramsci, para quien la ideología es «una concepción del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el Derecho, en la actividad económica, en todas las expresiones de la vida individual o colectiva» (1)—, tiende actualmente a encarnar a un nivel científico el mismo significado que tiene en el lenguaje común, es decir, el significado de «ideal político» o bien —como dice Ferruccio Rossi-Landi en el primer artículo de la nueva revista, titulada, por cierto, *Ideologías*— de «proyección social».

Ahora bien: si «ideología» pretende significar «ideal político» y «proyección social», tal palabra no puede ser patrimonio exclusivo de la historia contemporánea; antes bien alcanzará en el pasado hasta las primeras tentativas de una auténtica capacidad de establecer ideales políticos y proyecciones sociales. Semejante capacidad surge hace veinticinco siglos en Grecia, y es en la civilización griega donde el hombre se desentiende del inmovilismo hierocrático oriental, haciéndose artífice de su futuro dentro de una vigorosa emergencia de sus propios valores civiles.

Hueleja repetir, y basta con indicar someramente, que el pensamiento griego descifró ya entonces los tres principios fundamentales alrededor de los que se desenvuelve luego de siglo en siglo el complicado proceso histórico de Occidente: el principio aristocrático de la *libertad*, el principio *social* de la democracia y el principio *nacional* de la Monarquía o del Estado. Liberalismo, socialismo, nacionalismo, protagonistas de la historia más reciente, se encuentran ya implícitamente en las experiencias obtenidas por los griegos en el ámbito de la *polis*. Es más: no pasó inadvertido a los griegos ni siquiera la ambivalencia

(1) *Opera*, Einaudi, Torino, 1948, vol. II, pág. 7.

de los ideales políticos y, tanto es así, que Aristóteles añadió a la descripción positiva de los tres sistemas arquetipo sus correlativas contraposiciones y degeneraciones.

Pasando de la Hélade a Roma es de considerar brevemente (aunque sea echando mano de la genial interpretación contenida en el *Esquema de las crisis*, de José Ortega y Gasset) la sigla S. P. O. R. (*Senatus Populusque Romanus*). La grandeza política de Roma dimana de haber sabido intuir la convergencia necesaria de los valores opuestos: libertad (*Senatus*) y sociedad (*populus romanus*) y de haber favorecido la función conectiva (función de «pellejo», empleando una imagen típica de Ortega) de la *res publica*, es decir, del Estado nacional. De hecho, la abreviatura S. P. O. R. define la *res publica* de un modo implícito, resaltando, además (mediante la partícula enclítica *que*), su propio aspecto unificante y determinativo.

Para el Medioevo fue Dante el llamado a recoger las tendencias principales de la época, confiando a la ciudad el cometido de salvaguardar la libertad natural del hombre; al Imperio, el de garantizar la paz y la justicia en el marco de una sociedad armónica universal, y finalmente, a la nación, el de unir o soldar las diferencias locales con la organización social del Imperio a través de ciertos valores nacionales y hasta populares, que el poeta instintivamente identificaba en el aspecto formativo y cohesivo del lenguaje vulgar. Adviértase que esta triple «proyección social» expuesta por Dante se hallaba contagiada, sin embargo, de una amarga convicción del desdoro sufrido por tales valores primarios de la libertad, de la justicia y del espíritu nacional, menospreciados y pospuestos por la apostasía ciudadana, por un malentendido universalismo de una Iglesia mundanizada y por el exasperado nacionalismo de la Monarquía capetiana.

En otros términos también Dante —no de otro modo que Aristóteles y que los mismos romanos, como sabe quienquiera que conozca algo la civilización de Roma (2)— tenía un gran sentido de la ambivalencia de los ideales políticos; ambivalencia que tiene gran importancia para este artículo y sobre la cual volveremos más adelante con la debida atención.

Trasladémonos ahora del Medioevo a la Edad Moderna y veamos su dinámica interna, especialmente en su emergencia revolucionaria del 89. Pues bien: ¿Qué significado plausible, y en tal sentido no abstracto, sino aplicado a la

(2) Baste traer a la memoria aquella famosa frase: «Senatores boni viri, Senatus mala bestia», así como el nexa habido en la lengua latina entre el sustantivo «populus» y el verbo «popular, popularis, populatus sum, populari» que significa desbatar; y, finalmente, la arraigada opinión de que el ejercicio del Poder no podía menos de embrutecer en cierta medida a los magistrados que lo detentaban (de dónde los ritos de purificación, etc).

realidad concreta, pueden tener las tres palabras de la divisa «Libertad, fraternidad, igualdad» de no entenderse como las resultantes de diversas experiencias; a saber: la experiencia liberal de la educación y de la cultura, la experiencia social de una economía de la cooperación y la experiencia nacional de Estado que asigna iguales derechos para todos? En resumen, la época del 89, con sus inconvenientes y contradicciones, y sin que consiguiera tampoco colmar sus ansias innovadoras, tuvo al menos el gran mérito de haber planteado conjuntamente los problemas esenciales de la convivencia humana. Veamos ahora en qué forma la civilización contemporánea haya enfocado desde el 800 al 900 estos mismos problemas.

II. Dentro de una panorámica de conjunto se ve claramente que la nota característica de los ideales políticos en los siglos XVIII y XIX ha sido la acentuación de sus diferencias, llegando así a la configuración de cada ideal político como una ideología irreductible y distinta de cualquier otra.

Liberalismo, nacionalismo y socialismo; he aquí los nombres de las tres grandes ideologías implícitas, como hemos visto, en los períodos históricos anteriores, pero que a partir del 800 salen a la luz por separado en una especie de aparatoso desenvolvimiento. Con todo, es fácil pronosticar que esta deslumbrante exhibición de las ideologías lleva en sí misma el germen de su propia destrucción.

La crisis era inevitable, dado que (según atestigua toda la historia de Occidente, desde la *polis* griega hasta la cristiandad europea y a cuanto de la cristiandad europea afortunadamente pervive en las sensatas Constituciones anglosajonas y en las tradiciones ínsitas en los diferentes resurgimientos románticos) en la práctica la vida de los ideales políticos fundamentales está condicionada por su propio y recíproco complemento.

Es una realidad, en cualquier caso, que la crisis de las ideologías constituye el fenómeno histórico más relevante de los últimos decenios. El camino de las ideologías ha desembocado en una encrucijada y vale la pena de parar mientes en cada una de las dos soluciones posibles.

III. La solución más fácil es la tecnocrática, acrítica y negativa (porque no establece parangones entre las ideologías y porque incluso las niega en conjunto), la cual representa la muerte de las ideologías.

Así y todo tiene un fondo ideológico. Basta examinar la estructura interna de las ideologías contemporáneas, dogmática en su aspecto sincrónico (como estructura rígidamente caracterizada y organizada en el presente) y a la vez dialéctica en su aspecto diacrónico (en cuanto estructura ligada a una tradición de criterio político no aislada, sino complementaria de otras tradiciones

fundamentales). La ambivalencia de los ideales políticos, de la cual hemos hablado antes, se repite aquí en forma particularmente dramática ante su propia y amenazada destrucción.

La amenaza —decíamos— proviene de la tecnocracia. Mas ¿qué es la tecnocracia sino una extrema exageración dogmática de la ideología liberal, a la manera como el totalitarismo nazista lo fue de la ideología nacional o nacionalista y el totalitarismo staliniano de la ideología socialista?

Se puede, por consiguiente, afirmar que la solución tecnocrática es una solución totalitaria ligada a la lógica destructiva o autodestructiva de las ideologías en el momento de su máxima saturación dogmática.

Afortunadamente, frente a la crisis actual de las ideologías cabe otra solución. Al revés de la anterior, es crítica y positiva (en cuanto distingue entre aspecto dogmático y aspecto dialéctico de las ideologías y en cuanto tiende al aprovechamiento —exactamente dialéctico o bien dialógico— de la parte válida de las mismas, negando se trate únicamente de un problema dogmático), siendo la única capaz de permitir a las ideologías una fructífera reanudación de la marcha.

IV. Mas para que las ideologías puedan reemprender el camino, aprovechando la posibilidad de una intrínseca convergencia propia de su respectiva dialéctica, es necesario el influjo de una cultura funcional y dinámica, imbuída, tanto de espíritu crítico cuanto de un genuino amor a la Humanidad.

El papel de una tal cultura sería necesariamente el de encauzar la sociedad hacia un nuevo humanismo, abierto a las más avanzadas exigencias modernas, pero también a los valores de la *philosophia perennis*. Semejante trabajo de orientación presupone, sin embargo, un exacto conocimiento de cuanto se fragua en el interior de las ideologías al socaire de una lógica propia y en un sentido determinado. En otros términos, se trata de penetrar dentro de las ideologías para percibir sus propias energías vitales y emprender aquella rehabilitación a que nos referíamos.

Inmersas en los diferentes sistemas ideológicos existen de hecho posiciones dialécticas ejemplares, las cuales esperan ser utilizadas en el proceso de una nueva y más elevada civilización, hecha a medida del hombre, sin distinción de razas ni de continentes.

Valga para la ideología socialista el ejemplo elocuentísimo de Ernesto Bloch, quien ha introducido en la dialéctica del marxismo el principio revolucionario de «la esperanza», estableciendo cierto parecido con la utopía cristiana de Tomás Münzer y revelando, por ende, un fondo evangélico del socialismo.

Valga para la ideología nacional o nacionalista el ejemplo no menos im-

portante de Giovanni Gentile, que supo sustraer la idea de Estado (del Estado producto de la nación y que es «eterna autocrítica, eterna revolución») de toda sugestión autoritaria y conservadora para identificarla con el principio de una educación constante. Llamada a ensamblar la libertad individual con la organización social dentro de la constitución de una operante *societas in interiore homine*.

Sirva, finalmente, para la ideología liberal el ejemplo ilustre de John Dewey, que ha superado decididamente la dimensión tecnológica del pragmatismo estadounidense en una visión neo-liberal consciente de la interrelación que liga entre sí al individuo y a la sociedad, y no menos sabedora de la función de iniciativa que aguarda al Estado nacional dentro de un sistema orgánico, mal entendido de ordinario por los comentaristas clásicos de las ideas deweyanas.

V. Según lo indicado, la tendencia actual de las ideologías aparece con el signo evidente de la convergencia o acoplamiento. Y puntualizada así la cuestión, cabe preguntarse: ¿Cómo es posible que las ideologías puedan coincidir dentro de su propia trayectoria dialéctica hacia una solución común? Antes de responder volvamos la mirada por un instante hacia el abominable rostro asomado tras el dogmático sistema totalitario (o nihilista) del stalinismo o del hitlerismo, algo así como la venida del Anticristo. Si prescindimos de los nuevos horizontes que contemplamos a través de aquella convergencia dialéctica de las ideologías no podemos menos, en efecto, de ver en aquel rostro impúdico la venida del Anticristo.

Más exactamente, y en sentido metafórico, todo cuanto induce a converger constituye un impulso llamado a negar en nosotros mismos cualquier egoísmo presuntuoso y fanático, al mismo tiempo que constituye en sí un valor trascendente. «No yo, sino Cristo en mí», decía San Pablo. Dios en nosotros; he ahí ni más ni menos la base de toda convergencia y lo que explica actualmente el impacto de una cultura auténticamente cristiana.

Una tal cultura ha de contar hoy con la dimensión ecuménica de los nuevos tiempos y poner de su parte los medios para que la cristiandad pueda librarse del lastre de los diferentes dogmatismos ideológicos.

Ahora sabemos ciertamente que la meta de ese camino dialéctico de las ideologías es el de aquel renaciente humanismo cristiano desenvuelto ya en el gran pontificado del Papa Juan. No olvidemos que a la cultura cristiana corresponde afianzar el ecumenismo de la Iglesia con su proceder laico, pero universal, apto para sentar los cimientos de este nuevo orden social y político que la Iglesia, por su propia condición, puede invocar y hasta idealmente adelantar y preconstituir, pero que no puede en la práctica establecer.

Según esto, parece a primera vista que nos desentendemos de propugnar íntegramente una cultura de Estado. Todo lo contrario; en el ámbito del «nuevo humanismo», al que aludíamos antes, se distinguen tres tipos de ecumenismo: uno eclesiástico, otro cultural y otro político. El primero inspira y anticipa; el segundo, espiritualmente determina y críticamente controla, y el tercero, en fin, pone en práctica de un modo concreto las nuevas orientaciones de acuerdo con las necesidades histórico-mundiales del hombre.

El sesgo dialéctico de las ideologías apunta necesariamente a este tercer tipo de ecumenismo, mas para alcanzar sus objetivos ha de recoger las inspiraciones del magisterio eclesiástico y no puede prescindir de la influencia mediatrix de la cultura.

Considerado en bloque, el ecumenismo contemporáneo aparece como un conjunto orgánico de proposiciones derivadas todas ellas de un solo principio fundamental enunciado por el Papa Juan con esta frase tan finalista: *Ut omnes unum sint.*

Es una coincidencia, pero una coincidencia significativa que la renovación de la Iglesia y del Estado haya sido últimamente dispuesta por iniciativa de dos Juanes: Juan XXIII y John Kennedy. En el plano de la cultura puede añadirse un tercer Juan, Giovanni Papini, cuando en su última obra *Lettere agli uomini di Papa Celestino Sesto* escribe las palabras más nobles y encomiásticas que la cultura cristiana de nuestro tiempo pueda dedicar.

VI. Grandes y radicales cambios se están operando en la historia del mundo. No podemos predecir a qué serán expuestas en el futuro las ideologías. ¿Se resignarán a ser víctimas del veneno tecnocrático y, en lo que cabe, de cualquier reaparición o rebrote nazista o stalinista? ¿O bien se pondrán a tono de renovarse, de reanudar provechosamente su propio camino hacia una convergencia siempre respetuosa de la dignidad humana, de asumir nuevamente su función dialéctica de estímulo y de actuación dentro del cuadro de una sociedad mundial orgánicamente articulada en una compleja unidad y convenientemente educada para percibir la verdad más sencilla y luminosa?

Se trata a las claras de un dilema en el que estamos todos involucrados y que no puede ser decidido *a priori*. Pero, cualquiera que fuere el porvenir de la Humanidad, el intento del ecumenismo para salvar el mundo en la actual coyuntura puede cristalizar en tesis del todo definidas y precisas, que pueden formularse así esquemáticamente:

Primera. Una proposición teológica relativa a la capacidad de fe o de creencia religiosa conservada como una infancia espiritual en el corazón endurecido de los hombres y que tiende a devolver a la vida un sentido ritual y sacramental, poniendo en juego todas las energías religiosas disponibles.

Segunda. Una proposición política y social, que, tomando pie de un renovado espíritu religioso, trata de infundir los principios de autoridad y de propiedad en un plano de servicio responsable, asegurando a la dialéctica de las ideas fautoras de la Historia todo el ámbito preciso en la esfera de la educación.

Tercera. Una proposición específicamente cultural como puente tendido entre las premisas anteriores por cuanto procura referir constantemente la dialéctica de las ideas a la inspiración teológica, aplicando al mismo tiempo ésta a aquélla con un equilibrio moral capaz de superar cualquier desaliento y con un vigor político apto para rectificar cualquier posible desviación o amaño.

VITTORIO VETTORI

